

DE LA DEPENDENCIA AL SUBDESARROLLO

Ignacio Medina Núñez

**Publicación en la Revista Christus.
No. 510. Mayo 1978. México. D.F.**

INTRODUCCIÓN

Fue en 1961 cuando los Estados Unidos quisieron comenzar a aplicar la Alianza para el Progreso (ALPRO) con base en la teoría desarrollista. Dos años antes había ocurrido un hecho de relevancia mundial, motivo de gran preocupación para el imperialismo norteamericano: el surgimiento de la república socialista de Cuba. La revolución cubana de 1959 con su posterior desenvolvimiento hacia relaciones sociales no capitalistas fue una llamada de atención a la política estadounidense en su relación con los países de América Latina.

Las reformas propuestas por la ALPRO estaban basadas fundamentalmente en la teoría desarrollista de Walt Rostow, quien había explicado su pensamiento en un libro titulado Las etapas del Crecimiento Económico. Un manifiesto no comunista. Según esta teoría, América Latina estaba apenas en la etapa de un impulso inicial para desarrollarse orgánicamente, y sólo necesitaba el capital necesario exterior y algunas reformas para eliminar los rezagos precapitalistas.

Contrastando con este modelo funcionalista acorde a los intereses de la penetración imperialista en el continente, surgió la teoría de la dependencia como un intento de esclarecer la raíz fundamental y estructural del problema de los países subdesarrollados: la relación asimétrica de los países del Tercer Mundo con los centros capitalistas metropolitanos.

El fracaso de la ALPRO, reconocido oficialmente por los gobiernos posteriores a Kennedy, ofreció un marco de mayor verosimilitud a la teoría del intercambio desigual, que era la principal propuesta de la teoría de la dependencia: no es que los países subdesarrollados estén atrasados en sus etapas de crecimiento sino que, en razón de ser explotados y serles extraídas sus riquezas, han llegado a tales condiciones de existencia.

Sin embargo, la misma teoría de la dependencia no llegó a clarificar bien el tipo de relación asimétrica entre los diversos países. El problema se da no sólo a nivel de circulación en el intercambio desigual sino en el seno mismo de la producción cuando al país dependiente le es impuesta una productividad no acorde con sus propias necesidades sino con las del exterior, y por tanto se ve imposibilitado para una planificación económica equilibrada. Y además, al enfatizar la diferencia entre los países dependientes y los centrales, se corre el peligro de afirmar que la contradicción principal se da sin más entre el bloque dependiente y el centro imperialista, cuando es necesario explicitar las

relaciones de clase al interior de cada bloque. La contradicción principal se da entre el proletariado de los países dependientes y centrales y la burguesía de los países centrales, que es la única que domina a nivel internacional.

La teoría del subdesarrollo avanza en estos aspectos y clarifica mejor la raíz del problema: el imperialismo y sus alianzas en toda su complejidad. Y por tanto, el énfasis se traslada a la concientización y lucha política organizada en los niveles locales, nacionales e internacionales, como el único medio para salir del subdesarrollo.

El presente artículo ofrece la síntesis de un marco general de las relaciones internacionales de tipo capitalista para encuadrar la verdadera raíz del subdesarrollo en nuestros países latinoamericanos.

DEL MERCANTILISMO CAPITALISTA AL IMPERIALISMO.

1) El capitalismo y las crisis de su ciclo productivo.

El capitalismo como sistema dominante comienza a aparecer históricamente en el siglo XVI en las partes de Europa donde se disgregaba el feudalismo. El comercio lejano existió anteriormente en otras sociedades (China, Egipto, el Imperio Romano...) pero por sí sólo nunca desembocó en la forma del capitalismo como estructura dominante. Éste aparece ciertamente con la acumulación de las fortunas-dinero a partir del comercio lejano intensificado con Asia, Africa y con el recién descubierto continente americano en el siglo XVI; pero tal comercio se conjugó con la proletarización de la fuerza de trabajo a partir de la disgregación de las relaciones feudales europeas. Sólo cuando el comercio lejano se combinó con el mercado libre de la fuerza de trabajo –fruto de la disgregación del feudalismo- se dieron las condiciones para la aparición de la forma de producción capitalista. Y esto sólo ocurrió en la Europa Oeste del siglo XVI.

Con el debilitamiento objetivo de un modo de producción dominante en la formación social europea, se plantea el problema de la transición frente a diferentes alternativas posibles. Algunos pensadores han llegado a plantear un esquema lineal de sucesión de sociedades dominantes como algo necesario históricamente: del esclavismo tributario al feudalismo; del feudalismo al capitalismo. Sin embargo, este marco de sucesión necesaria en la historia como algo lineal es un planteamiento erróneo. Angel Palerm, en un trabajo sobre la articulación y sucesión de los modos de producción ha llegado a establecer, por ejemplo, que la sociedad clásica romana no apuntaba necesariamente al feudalismo:

“La sociedad clásica, en realidad, tenía varias alternativas históricas abiertas, cada una de las cuales estaba representada por un modo de producción ya existente, fuera dominante o dominado o aun presente sólo en forma larvaria. De

esta manera, el Occidente europeo (Roma) primero vio paralizado el modo capitalista por la combinación de la esclavitud con el sistema despótico-tributario, apoyados ambos en las colonias; después vio fracasar la alternativa de la “asiatización”, y nuevamente la del capitalismo al perder la articulación con las colonias y sus conexiones con el intercambio económico internacional. El Oriente europeo (Bizancio), en cambio, después de la crisis provocada por la disolución del esclavismo, mantuvo su articulación con las colonias, y se estabilizó por varios siglos en un modelo de tipo “asiático” que eliminó la alternativa del capitalismo y nunca llegó a generar un modo feudal de producción”.

Un modo de producción dominante sólo sucede a otro en la formación social cuando se combinan determinadas condiciones objetivas y subjetivas. El capitalismo no surgió ni en Arabia ni en Africa ni en India ni en China, sino sólo en el Oeste de Europa, al combinarse dos elementos esenciales: acumulación de fortunas-dinero, y la venta de fuerza de trabajo por la disgregación de las relaciones feudales.

El capitalismo como modo de producción dominante se define fundamentalmente por la apropiación y control exclusivo que la clase burguesa tiene sobre los medios de producción que son en sí mismos productos del trabajo social. La categoría básica es la ganancia o beneficio que influye en todo el proceso de producción, circulación, distribución y consumo de productos, cuyo valor ha sido creado por la fuerza de trabajo asalariada. La contradicción fundamental se da entre capital y trabajo. El capital expresa la relación entre quienes controlan los medios de producción, y los obreros que venden su fuerza de trabajo. A estos últimos se les extrae plusvalor, se les arrebató un valor creado por ellos y que no les es retribuido en el salario.

En el inicio histórico del capitalismo como sistema dominante se dio la acumulación originaria de capital, en que por primera vez se dio la separación entre el productor, sus productos, y sus medios para producir; con ello, se sentaron las bases de un proceso en el cual el plusvalor se reinvierte para expandir y dinamizar el capital.

En este proceso tiene un papel central el comercio lejano. Este ya existía desde antes como una transferencia de valor; pero en el capitalismo, la mercancía tiene su origen en el plusvalor nacido de la producción en otro lugar. Y en esta etapa la forma mercantil no sólo abarca los productos sociales sino que se generaliza a la fuerza de trabajo y a todos los medios de producción.

Con estas características que le son fundamentales, el capitalismo se muestra irracional en sí mismo, y más aún lo es desde el punto de vista social. En sí mismo por las crisis provocadas mediante el mismo ciclo productivo, y –desde el punto de vista social- porque su ley inmanente es la ganancia con base en la reducción del costo de la fuerza de trabajo, y la maximización de la tasa del

plusvalor.

Y esto es comprobable en la historia misma del capitalismo y sus crisis. Del mercantilismo capitalista se llegó al capitalismo manufacturero, y luego a la revolución industria, y al final del siglo XIX, apareció por primera vez el imperialismo. Todas estas etapas son fruto del dinamismo del capital, y de los problemas generados precisamente por la acumulación.

El ciclo de producción bajo la dominancia del sistema capitalista presenta estructuralmente diversas crisis cíclicas. Tales crisis desembocan en la recesión y en la inflación como problemas inmanentes. El criterio fundamental es la ganancia. Y ésta sólo se logra con base en el plusvalor absoluto (cuando se amplía el tiempo de trabajo del obrero) y al plusvalor relativo (cuando se intensifica la productividad del obrero). Sin embargo, el plusvalor absoluto tiene su límite, ya sea en la capacidad humana del obrero o en la legislación de cada lugar según lo permitido en la lucha de clases; por ello, el énfasis se da en el avance de la tecnología y en una mayor organización empresarial para aumentar la productividad. Así se llega a mayor producción cuantitativa de productos en menos tiempo, los cuales necesitan un mercado rápido para que el plusvalor pueda realizarse y convertirse en ganancia.

En esta situación, el ritmo de necesidad del mercado es diferente del ritmo que toma la producción, la cual, ante el mercado insuficiente, queda estancada, y provoca la recesión como hecho contundente para equilibrar la economía. Recesión significa así el paro de la producción por falta de mercado, lo cual tiene como consecuencia el cierre de fábricas, el desempleo, la acumulación de productos, etc.

Con la generalización de la forma mercantil e productos, fuerza de trabajo y medios de producción, adquiere gran importancia la moneda en el ciclo productivo. La moneda es uno de los medios para restablecer el equilibrio cuando la nueva inversión no tiene todavía salida en el ciclo. Se tiene que disponer de medios monetarios que no se recuperarán sino hasta el siguiente ciclo. Para mantener las previsiones monetarias de los empresarios dentro de un marco que el capitalismo tenga como “razonable” se organiza la centralización bancaria como exigencia esencial de la acumulación.

Sin embargo, cuando la emisión monetaria supera el volumen de las necesidades, obstruye los canales de circulación y determina un alza de precios. El Estado también puede intervenir creando empleos para los desocupados en el sector terciario, muchos de los cuales son empleos artificiales, que necesitan mucho dinero para sostenerse.

La inflación ocurre cuando la moneda circulante es mayor que el volumen de las necesidades de la producción, y, a causa de ello, se elevan automáticamente los precios como resultado de la generación de empleos artificiales no productivos.

Para salir de la inflación es necesario mover todo el circulante en relación al producto, lo cual vuelve a poner énfasis en la productividad. Pero ésta a su vez n con la insuficiencia posterior de los mercados al ritmo que marca la producción llevará de nuevo a la recesión.

2) El nacimiento del imperialismo.

Vinculado al desarrollo de los ciclos productivos capitalistas se dieron las diferentes etapas de la estructura social dominante desde el siglo XVI hasta nuestros días. En cada crisis, el capitalismo fue encontrando nuevas salidas.

Las relaciones comerciales de Europa Oeste con América, África, India y China son esenciales para la formación del sistema capitalista mundial. Los italianos fueron los primeros en iniciar el comercio en gran escala; los portugueses, a finales del siglo XV, habían aventajado a los españoles en la navegación y fueron los primeros en navegar el Atlántico por la costa occidental de África, y no tardaron en realizar la ruta hasta la India; España centró sus energías en el Nuevo Mundo descubierto para conseguir metales preciosos, y posteriormente Holanda e Inglaterra acrecentaron también su comercio.

Se intercambiaban metales preciosos (provenientes de América), productos de lujo tanto agrícolas (especies de Oriente y Azúcar de América) como artesanales (sederías y algodones de Oriente). Al principio fue por pillaje brutal y despojo forzado; luego por medio de la organización de una producción especialmente creada para un intercambio desigual.

Así coincidieron los elementos del modo de producción capitalista que lo hicieron prosperar: concentración de la fortuna, y proletarización. Del apogeo del mercantilismo nació el capitalismo manufacturero, y posteriormente surgió la revolución industrial en Inglaterra que se extendió luego por Europa.

La producción fue creciendo a ritmo acelerado y fue encontrando, como necesario complemento, los mercados recién descubiertos. Con ello, el capitalismo continua su tarea sistemática de transferir los excedentes de producción y los recursos naturales de las colonias repartidas en el mundo hacia los centros metropolitanos. Y esto no sólo en un intercambio desigual de valores sino en un aparato productivo colonial impuesto según las necesidades del colonizador. Las formaciones coloniales en los diversos continentes, y el origen de su propio subdesarrollo no se explican, pues, en sí mismas sino a partir de una adaptación estructural a la acumulación capitalista de los centros desarrollados.

Es inherente al capitalismo la tendencia a ampliar sus mercados, puesto que, para ganar más, se necesita producir más, y para producir más se necesitan mercados más amplios donde colocar los productos. Además, la competencia libre impulsa a cada empresa a ampliarse, de tal manera que el mismo

mecanismo que crea el mercado local y nacional impulsa a vender también en el extranjero. Afloró, así, una crisis en la segunda mitad del siglo XIX por la cantidad de productos por colocar, y por la falta de acoplamiento de inversiones entre los diversos capitalistas que competían libremente.

En ese momento surgió una de las salidas exitosas del capitalismo: a partir de 1880, junto con la exportación de mercancías cobró auge la exportación de capitales, y si la burguesía individual no podía programar su inversión debido a la competencia, sí lo podían empezar a hacer los monopolios con el apoyo de la participación política de los estados nacionales.

Alrededor de 1880, los monopolios –exportando capitales a los diversos países– iniciaron la época conocida como imperialismo y a la que Lenin llama la fase superior del capitalismo. Con la intervención política de los estados, los monopolios pudieron aumentar los medios para imponer a los países periféricos el tipo de producción que el centro necesitaba.

Durante el siglo XIX, los países subdesarrollados (antes colonias) realizaban un 80% de su comercio con los países centrales en un intercambio desigual tal que a los centros capitalistas sólo les bastaba realizar el 20% de su comercio con dichos países periféricos mientras que el otro 80% del comercio lo realizaban entre ellos mismos. Pero la relación comercial es cualitativamente diferente: entre centro y periferia se daba principalmente con base en materiales brutos de materia prima extraídos con técnicas modernas a cambio de productos manufacturados provenientes de los centros industrializados, mientras que entre los mismos países centrales, la relación básica comercial se daba entre productos industrializados diversos.

Los capitales invertidos en los países periféricos afectaban las actividades de exportación (minas, petróleo y productos agrícolas) y en segundo lugar a las actividades terciarias también ligadas a la exportación. Sólo accesoriamente se beneficiaba la industria destinada al mercado local.

Los países subdesarrollados cumplían fundamentalmente tres funciones respecto a los centros capitalistas: ampliación de mercado para los productos del centro; reserva de materias primas y productos agrícolas de subsistencia también para los países centrales, y mano de obra barata que eleva las tasas de ganancia de los capitales invertidos.

Con esto, el subdesarrollo de los países periféricos se convierte en una condición estructural del desarrollo de los países centrales, lo cual implica hablar no de un atraso en el proceso mundial sino de un despojo gigantesco con métodos cualitativamente diferentes a los de la época colonial.

Desde la perspectiva de los países centrales capitalista, el imperialismo –según la visión del propio Lenin– contiene cinco características fundamentales que son

las siguientes:

- 1) Concentración monopólica de producción y capital.
- 2) Creación del capital financiero por la unión entre el capital bancario y el industrial.
- 3) Exportación de capitales.
- 4) Asociaciones internacionales monopolistas.
- 5) Reparto territorial del mundo entre las potencias industrializadas.

Con ello, entonces, el imperialismo surge en la segunda mitad del siglo XIX y adquiere una importancia enorme en las relaciones internacionales del siglo XX.

LA FUNCION ESTRUCTURAL DE LOS PAISES DEL TERCER MUNDO.

El subdesarrollo de los países periféricos no se explica sólo por la categoría de la dependencia si no se aclara que esta dependencia implica una adaptación estructural a las necesidades de los centros desarrollados. El sistema de dominación capitalista no es un sistema homogéneo ya que las características de los países metropolitanos en cuanto a su desarrollo no las encontramos en los países del Tercer Mundo; pero ambos son partes complementarias de un único sistema.

La época imperialista, en el sentido de Lenin, caracterizó principalmente a Estados Unidos, Inglaterra, Alemania y Francia. De estas pugnas capitalistas por el dominio del mundo, -agravada la situación por la crisis económica de los primeros años del siglo XX y la gran depresión de 1929- surgieron las dos guerras mundiales dirigidas por los intereses imperialistas que desembocaron en la hegemonía de los Estados Unidos. Tal hegemonía se muestra, por ejemplo, en el claro ascenso y descenso de exportación de capitales de los países centrales:

Estados Unidos tiene 6.3% en 1914, sube a 35.3% en 1930 y llega a 59.1% en 1960. Pero Inglaterra tiene un 50.3% en 1914, desciende a 43.8% en 1930 y todavía baja a 24.5% en 1960. En su propio nivel, Francia y Alemania también descienden porque tienen 39.5% en 1914; bajan a 11% en 1930 y se hunden con 5.8% en 1960" (Samir Amin).

Otro ejemplo es la penetración de capital estadounidense después de la segunda guerra mundial. Estados Unidos llegó a controlar el 50% de la industria del automóvil en Inglaterra, el 40% del petróleo en Alemania, el 40% de equipos electrónicos en Francia, casi la totalidad de las industrias de Canadá, el 60% de participación de minas y petróleo de los países periféricos, el 20% de participación en el sector terciario de los países subdesarrollados.

Esta hegemonía, sin embargo, después de los 60s, ha tenido que ser compartida con Japón y Alemania Federal por el avance tecnológico de éstos, lo cual ocasiona algunas contradicciones secundarias porque las firmas

transnacionales a escala mundial constituyen la dirección de la economía en el ámbito capitalista.

Pero la misma dinámica capitalista que produce el desarrollo de las fuerzas productivas en los países centrales produce también el subdesarrollo en los periféricos. El subdesarrollo no encuentra su raíz en la posición geográfica de los países del tercer Mundo ni en la incapacidad de dirigencia de las burguesías nacionales; la raíz del subdesarrollo está no sólo en la vinculación al sistema internacional que obliga a la transferencia del plusvalor y del excedente de los modos de producción subordinados hacia los países centrales, sino también en la formación de un aparato productivo desequilibrado.

Samir Amín, en su libro sobre "El Desarrollo Desigual", ha definido el capitalismo de los países subdesarrollados como una acumulación extravertida. Algunas características específicas de ella son las siguientes:

a) La acumulación se da con base en los productos de exportación (generalmente materias primas necesitadas por el centro) y en los productos de lujo de las burguesías locales. Se da así un mercado externo engendrado en los países centrales y un mercado interno engendrado por la demanda de bienes de consumo de lujo de pequeños grupos burgueses.

b) La renumeración del trabajo será tan baja como lo permita la organización de las clases trabajadoras.

c) Desempleo estructural permanente que tenderá a crecer dado que no hay inversión general en las industrias locales básicas.

d) El nivel de desarrollo de las fuerzas productivas es heterogéneo: avanzado en el sector exportador y atrasado en el resto de la economía; un retraso mantenido por la clase dominante.

e) Los modos precapitalistas no desaparecen, pero su función propia es aprovechada en beneficio del modo dominante. Tal es el caso de las formas de intercambio campesino que tienden a desaparecer en los países centrales mientras que en la periferia se conservan aunque fuertemente articulados para la extracción del excedente.

f) Esta acumulación extravertida sólo puede entenderse a nivel internacional. La contradicción principal, pues, no se da entre las burguesías locales de los países subdesarrollados y la burguesía central sino que se encuentra entre la burguesía imperialista y el proletariado central y periférico, explotado éste último de una manera más brutal.

Estas características, en las crisis cíclicas del capitalismo, agudizan enormemente los problemas del subdesarrollo: desocupación, criminalidad,

deterioro del nivel de vida, endeudamiento externo, retraimiento de la inversión, fuga de capitales, déficit en la balanza de pagos, agitación social...

Hasta el siglo XIX, las colonias de los países centrales formaban adaptaciones obligadas que no eran fruto de leyes económicas ciegas sino resultado de un sistema de poder que tradujo y expresó las exigencias del sistema del centro. Pero comenzó un cambio cualitativo: en la revolución industrial hubo un incremento de la productividad que llevó a la exportación de capitales y a la ampliación de mercado de los productos industrializados. Algunos países como Holanda, Dinamarca, Nueva Zelanda, Australia destruyeron su producción tradicional, y a través de la penetración de la industria inglesa, fueron llegando a una industrialización propia. Tales países, continuando en la dependencia, superaron el subdesarrollo.

Pero éste no fue el caso de América Latina. Las burguesías nacionales latinoamericanas consiguieron la superación del colonialismo convirtiendo a sus países en repúblicas, pero encontraron como forma rápida de beneficio la continuación del intercambio desigual: exportación de materias primas y compra de bienes manufacturados. No se funcionalizó y acopló el país en torno al objetivo de una industrialización propia, lo cual continuó favoreciendo los intereses de los países centrales.

En la mayoría de los países latinoamericanos, tal retraso de la industrialización ha significado de hecho la renuncia al desarrollo, ya que con la revolución tecnológica y científica (átomo, espacio, electrónica...) de principios del siglo XX en el ámbito imperialista, quedamos fuera de la posibilidad de producir y reproducir medios de producción, y por lo tanto condenados en lo económico a reproducir nuestro subdesarrollo, y a continuar un intercambio desigual de materias primas por bienes manufacturados.

¿Cómo entender mejor esto? A principios del siglo XX se provocó un corte radical entre los instrumentos artesanales para producir la maquinaria moderna. Cuando los medios de producción se pueden construir con técnicas tradicionales, es posible todavía para un proyecto nacional burgués iniciar una etapa de desarrollo capitalista. Sin embargo, cuando para producir los medios de producción indispensables se necesita tecnología moderna que sólo puede conseguirse en los centros desarrollados, la industrialización autóctona queda completamente en manos de los países metropolitanos. Y si para el desarrollo de la metrópoli es necesario estructuralmente que la periferia se mantenga en el subdesarrollo, el camino para un desarrollo del Tercer Mundo dentro de un esquema capitalista queda completamente cerrado.

En razón de esto, Charles Bettelheim, en un artículo sobre *Los problemas del subdesarrollo*, comenta que mejor sería "hablar de países de economía asfixiada o estrangulada antes que de países subdesarrollados". Y es que él mismo había señalado que "en el marco de las relaciones imperialistas que someten los

países dependientes al dominio de algunas grandes potencias capitalistas, el mantenimiento a toda costa de los países dependientes en su actual situación comercial y financiera no es un fin en sí mismo. El fin es la obtención del máximo provecho del capital monopolizador, es decir, la explotación óptima de los países dependientes por el capital monopolizador del o de los países dominantes".

Tal situación de adaptación estructural a la acumulación del centro se reproduce actualmente en la relación entre países subdesarrollados y desarrollados. Y la única vía posible de salida de los primeros hacia un desarrollo equilibrado solamente se encuentra en una racionalidad no capitalista.

DEL SUBDESARROLLO AL LA LUCHA POLÍTICA

Contra quienes proclamaban el fin del capitalismo de forma catastrófica por sus contradicciones internas objetivas, la historia ha señalado las nuevas salidas y cambios que el sistema ha llevado a cabo para subsistir. La exportación de capitales, la acumulación tecnológica en los países centrales y los monopolios de las firmas transnacionales constituyen los elementos fundamentales del imperialismo como la última salida que ha creado el capitalismo para continuar el dinamismo de la explotación.

Sólo donde las condiciones objetivas han sido aprovechadas por la organización política de los trabajadores se ha podido dar el paso a una sociedad diferente. Y tal organización, a pesar de la brutal oposición del imperialismo, ha podido llegar a una revolución democrática y a una mejor planificación económica y más equilibrada.

El sistema capitalista, sin considerar sus concreciones históricas, puede ser definido como el control exclusivo de los medios de producción por parte de una clase social minoritaria que se apropia del valor creado por los trabajadores, y que en una libre competencia, lo destina solamente a la acumulación ampliada de capital. Un sistema así es irracional al guiarse por la ganancia como categoría fundamental, y mucho más cuando se le considera no tanto en su forma metropolitana y central sino en la acumulación extravertida de los países subdesarrollados como parte necesaria y complementaria.

Así, es necesario buscar la sucesión a otro modo de producción dominante en la formación social. Pero tal sucesión no puede ser lineal ni mecánica ni rápida. El cambio se da en la conjugación de los elementos objetivos con la acción eficaz de los movimientos sociales.

La alternativa no capitalista, como modelo para una nueva estructura social histórica, se puede definir en abstracto como el control de los medios de producción no por un pequeño grupo sino por la organización de las clases trabajadoras que, mediante un centralismo democrático, realiza una planificación económica con base en las necesidades de la población. Un sistema así pone

su racionalidad económica no en la ganancia exclusiva de unos grupos sino en la producción de la riqueza social y distribución de los excedentes entre la población con la participación efectiva de las clases mayoritarias.

El alcance de una sociedad histórica con un modo de producción como dominante será un largo proceso no libre de deficiencias y desviaciones, pero cuya realización, aunque sea incipiente, garantiza un desarrollo más equilibrado de las fuerzas productivas y relaciones sociales, e impide el estancamiento y mantenimiento del subdesarrollo.

En la fase actual del capitalismo en que son los grandes monopolios de los países imperialistas quienes dominan estructuralmente la economía y la política de los países del Tercer Mundo, bloqueando el desarrollo armónico de su productividad y extrayéndoles los recursos necesitados por ellos, la instancia político-ideológica toma el papel sobredeterminante, ya que sin una organización sólida de las clases trabajadoras será imposible llevar a la práctica tal alternativa diferente.

El problema fundamental es de desarrollo económico pero el punto de partida para resolverlo está en la toma de conciencia y organización política de los trabajadores del campo y la ciudad. Ante un enemigo principal tan fuerte como es el imperialismo norteamericano para América Latina, la alternativa de sociedad diferente no sólo tendrá que proponerse sino imponerse desde la perspectiva ideológica y política. Hay que tener en cuenta que los enemigos políticos no desaparecen por sí solos y, en ese sentido, las oligarquías como clase dominante no querrán retirarse voluntariamente de su papel dirigente.

En el esquema actual de dos formas de capitalismo (la de los países centrales y la extravertida de la periferia), se puede constatar la imposibilidad de salir del subdesarrollo latinoamericano bajo el esquema de la racionalidad capitalista; será necesario avanzar en organizaciones locales, nacionales e internacionales bajo un modelo de integración para poder visualizar una alternativa no solamente como posible sino como factible; la tarea principal se traduce en la construcción de tales organizaciones de base, sólidas, democráticas, guiadas no por el criterio de la ganancia sino por el interés de las grandes mayorías de la población.